

la basílica de Ntra. Señora del Pilar, de Zaragoza; al día siguiente estuvimos en el Santuario de Torreciudad y todavía, camino de Pamplona, en la abadía benedictina de Leyre. El otro día, 1 de septiembre, Mons. Maccarrone permaneció en la Universidad de Navarra y dirigió un seminario de profesores de las Facultades Eclesiásticas.

En estos últimos años mis encuentros con Mons. Maccarrone tenían lugar en Roma, coincidiendo con los cursos especiales que he venido desarrollando periódicamente en el Ateneo Romano della Santa Croce. Acostumbraba ir a verle a su casa, al «appartamento» que ocupaba en la «Canonica» de San Pedro. Nunca olvidaré el increíble aprovechamiento de aquel local, totalmente invadido por los libros. Era una vivienda-biblioteca, con el espacio indispensable para vivir, y todo lo demás —vestíbulo, pasillos, salitas, dormitorios...—, desde el suelo hasta el techo, estaba materialmente recubierto de estanterías repletas de miles y miles de volúmenes. Pero aquello no era un depósito de libros, sino una biblioteca viva, que el dueño conocía a la perfección. Mons. Maccarrone sabía donde se encontraba todo, cada revista, cada libro o separata. Lo conseguía con ayuda de unos ficheros completísimos y siempre al día. El historiador y maestro podía así dar pronta respuesta a la consulta o a la simple curiosidad del amigo o del discípulo.

El fallecimiento de Mons. Michele Maccarrone, que ha entristecido el corazón de sus amigos, constituye una grave pérdida para la ciencia de la Historia eclesiástica. Cabe sin embargo esperar que su largo magisterio dé buenos frutos y que —como auguraba Paolo Vian en el artículo necrológico que le dedicó en el «Osservatore Romano»³— la antorcha que él mantuvo encendida tantos años pase ahora a nuevas generaciones de historiadores de la Iglesia, *ut quasi cursores vitae lampada tradant...*

José ORLANDIS
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

Prof. Fernand van Steenberghen
(13/II/1904-16/IV/1993)

El 16 de abril de 1993 falleció en su domicilio de Bruselas el Profesor de la Universidad de Lovaina Dr. Fernand van Steenberghen. Le faltaban pocos meses para cumplir los noventa años de edad. Al cumplir los setenta, concluía su ca-

3. Paolo VIAN, en «L'Osservatore Romano», 6.05.93.

rrera profesoral oficial, había pasado a la situación de emérito, desde la que siguió trabajando, sobre todo en el campo de la investigación.

Se puede decir que durante más de sesenta años el profesor Van Steenberghe ha contribuido, de forma eminente, tanto por sus publicaciones como por su enseñanza, al desarrollo de los dos campos de investigación que le fueron confiados desde el primer momento en el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina: la Historia de la Filosofía medieval y la Metafísica general. En el primero de esos campos, continuando la tradición de Mauricio de Wulf, deben destacarse, entre otras muchas obras, su monografía sobre *Siger de Brabant*, su magistral obra *La philosophie au XIII siècle* y su *Introduction à l'étude de la philosophie médiévale*. En el segundo campo, el de la Metafísica general, han de destacarse sus cursos de *Epistémologie* y de *Ontologie*, traducidos a varios idiomas, entre ellos al castellano, así como su libro *Dieu caché*, traducido también a nuestro idioma.

Para honrar la memoria de este gran profesor (según noticias que me han sido facilitadas por un amigo), se celebró un funeral en la basílica de Kolkelberg en Bruselas. Asistieron el Cardenal Suenens, Mons. André Léonard (obispo de Namur) en representación de la Conferencia Episcopal de Bélgica, y uno de los obispos auxiliares de la diócesis de Malinas-Bruselas. Y varias docenas de sacerdotes se unieron a la concelebración, entre ellos algunos antiguos alumnos y profesores que hicieron su tesis o trabajaron bajo la dirección del fallecido.

Asistió también un buen grupo de profesores de la Universidad, la mayoría de ellos del Instituto Superior de Filosofía, y también del Instituto de Estudios Medievales, vistiendo el traje académico. Entre el público se encontraban asimismo algunos miembros del Thomas-Institut de la Universidad de Colonia. Al terminar la Misa, el presidente del Instituto Superior de Filosofía, Claude Troisfontaines, leyó un discurso en el que resumía el itinerario intelectual del Prof. Van Steenberghe y sus principales realizaciones.

Las noticias de mi amigo continúan así: «Puedo decirle también, porque me lo han contado sus amigos más próximos, que estuvo bien hasta el final. Asistió a la reunión de la Real Academia, de la que eran miembro, uno días antes. Falleció en su casa, sin convalecencia. Hacía sólo unas semanas había dado una conferencia en el Seminario Saint-Paul (Louvain-la-Neuve). He podido escucharla porque la grabaron, y su voz era fuerte y segura».

He tenido la oportunidad de mantener una cierta relación personal con el Prof. Van Steenberghe en los últimos años de la vida de éste. Se trata de una amable polémica —yo he preferido calificarla de «diálogo»— a propósito del concepto y del problema de la «filosofía cristiana». Con este motivo nos hemos cruzado algunas cartas privadas, y ya en público, han aparecido varios artículos (tres míos y dos suyos), en los que hemos debatido, creo que sin pasión y desde luego sin en-

fado, tan apasionante cuestión. Séame permitido dar una breve noticia de este «diálogo», y sobre todo, puesto que se trata de rendir un postrer homenaje a tan benemérito profesor, destacar las razones que han movido siempre a Van Steenberghen, ya desde época muy temprana, a rechazar el concepto y la misma expresión de «filosofía cristiana». Ello nos dará ocasión también para iluminar un aspecto de indudable relieve del talante filosófico de este autor y de su producción escrita.

Hay que tener en cuenta que el Prof. Van Steenberghen vivió personalmente las disputas que, en torno al concepto de la filosofía cristiana, tuvieron lugar por la década de los treinta. Concretamente fue uno de los intervinientes en las jornadas de estudio que se desarrollaron en el convento dominicano de Juvisy, cerca de París, en septiembre de 1933. Y refiriéndose precisamente a esas jornadas ha dejado escrito: «Por mi parte, me vi sorprendido al constatar la insistencia en mantener una fórmula (la expresión 'filosofía cristiana') cuyo carácter impropio se había reconocido. Mas cuando manifesté mi sorpresa, el P. Sertillanges me respondió que era preciso conservar la fórmula 'como expresión empírica y comunmente admitida, pues no se trataba de corregir el vocabulario'»¹.

Como es natural Van Steenberghen no se conformó con esa respuesta de Sertillanges, y siguió manteniendo, ya desde entonces, que había que proscribir dicha expresión, pues el sentido que comunmente se le daba, el de una filosofía «formalmente» cristiana, era inadmisibile. Y era verdad que muchos autores tomistas, y especialmente Gilson y Maritain, estaban defendiendo entonces, y siguieron defendiendo luego, la posibilidad y la realidad de una filosofía «formalmente» cristiana. Por eso Van Steenberghen se opuso al principio, y hubo de seguir luego oponiéndose, a la fórmula en cuestión.

Por lo que se refiere concretamente a Gilson escribía así recientemente: «A pesar de la gran estima que tengo por la obra de Gilson, siempre he pensado que, en sus trabajos sobre la filosofía cristiana, ha cometido importantes errores de interpretación *histórica* y no menos importantes errores *doctrinales*»². Los errores históricos habrían sido cometidos, sobre todo, al estudiar a San Agustín, a San Buenaventura y a Santo Tomás, pues, sin distinguir convenientemente en ellos lo que tienen de filósofos de lo que tienen de teólogos, les había atribuido una filosofía esencialmente inspirada en la fe, o desgajada sin más de sus obras teológicas. Y el mismo fundamento tendrían los errores doctrinales de Gilson en este punto. Porque «una tal concepción de la filosofía —sigue Van Steenberghen— es doctrinalmente indefendible. Entendida como saber de nivel científico, la filosofía es, por definición, un

1. *Philosophie et christianisme*, en «Revue philosophique de Louvain», 86 (1988) 182.

2. Art. cit., p. 184.

saber racional (...). En cambio, todo trabajo científico en el cual el dato revelado, objeto de la fe cristiana, interviene formalmente como fuente de conocimiento, pertenece, por definición, a la teología (...). Una filosofía de nivel científico no puede ser obra de un teólogo en tanto que teólogo (...). Además, las ideas de Gilson sobre la filosofía cristiana tienen también consecuencias nefastas para el diálogo entre pensadores cristianos y no cristianos (...). La filosofía es precisamente un terreno neutro, sobre el cual creyentes y no creyentes pueden encontrarse y comprenderse. Mas, al profesar una filosofía esencialmente cristiana, Gilson y sus partidarios se han encerrado en un ghetto intelectual»³.

No puede uno dejar de reconocer que la postura tajante de Van Steenberghe estaba plenamente justificada una vez que la cuestión se había planteado en esos términos. Y resulta simpática, además de coherente, si se considera que la mantuvo desde la primera hora frente a personas de gran peso específico dentro de los círculos filosóficos y teológicos en los que el propio Van Steenberghe se movía. Sin embargo, la polémica continuó porque fueron apareciendo otras posturas más matizadas.

En primer lugar, la del propio Maritain⁴, que defendió, no para toda la filosofía, sino solamente para una parte de ella, concretamente para la ética, una subordinación esencial (una subalternación) a la fe cristiana, o por mejor decir, a la teología que en dicha fe se inspira. Así, en efecto, se atenuaba un tanto la postura de Gilson de una subordinación esencial de toda la filosofía a la fe.

En segundo lugar, la postura de Bogliolo⁵, que rechazaba que la llamada «filosofía cristiana» fuese «formalmente» cristiana, como decía Gilson. No era «formalmente» cristiana, pero sí que era cristiana «materialmente», pues la materia de sus reflexiones coincidía, al menos en parte, con la materia de la teología sagrada. Se llegaba así a la siguiente fórmula: la filosofía cristiana es formalmente filosofía, pero materialmente cristiana.

En tercer lugar estaría la postura de Ramírez⁶. La llamada «filosofía cristiana» era «esencialmente» filosofía, y por ello no se subordinaba esencialmente a la fe, pero era, el mismo tiempo, «accidentalmente» cristiana, y por ello tenía en cuenta a la fe en dos sentidos, primero negativamente, para no contradecirla en ningún punto, y segundo positivamente, para ayudarla desde su propio campo, a

3. Art. cit., pp. 185-187.

4. Cfr. *De la philosophie chrétienne*, Paris 1933, y *Science et Sagesse*, Paris 1935.

5. Cfr. *La Filosofia Cristiana. Il problema, la storia, la struttura*, Città del Vaticano 1986.

6. Cfr. *De ipsa philosophia in universum*, Madrid 1970, pp. 768-854.

saber, preparando los materiales filosóficos de los que luego habría de usar la teología sagrada.

Pero ninguna de estas posturas más atenuadas convencieron nunca a Van Steenberghen. Precisamente mi disenso con él se refería a esa última postura, la de Ramírez, que a mí me parecía aceptable, y a él no. Y la razón fundamental que aducía Van Steenberghen es que la fórmula abstracta de «filosofía cristiana» exige de suyo que la filosofía haya de ser esencialmente cristiana, mientras que no habría inconveniente en admitir la fórmula concreta de «filósofo cristiano», en la cual el apelativo de «cristiano» si que podría ser tomado accidentalmente. Permítaseme citar sus mismas palabras en este punto.

«¿Es satisfactoria la posición del P. Ramírez? (...). En todo este debate es preciso mantener firmemente que *la distinción de la filosofía y del filósofo es capital*. Porque es manifiestamente falso que todo lo que conviene al individuo concreto conviene también al concepto abstracto correspondiente. Sin duda, el contenido *formal o específico* designado por los términos 'filósofo' y 'filosofía' es el mismo; pero el individuo como tal tiene propiedades que no tiene el concepto abstracto. Y este es el caso, precisamente, para el quinto predicable, el accidente lógico. Los cinco predicables son los cinco modos según los cuales un predicado puede afectar a un sujeto *concreto, individual*; éste puede, entre otros, recibir predicados accidentales, justamente porque él no es una pura esencia: él posee, además de su esencia, caracteres individuales que pueden ser extraños a su esencia. El individuo filósofo, por ejemplo, puede ser al mismo tiempo músico, jardinero, padre de familia, miembro de un partido político, adepto a una religión. ¡Ninguna de estas cualidades, como es evidente, podría ser atribuida a la filosofía! Es, pues, claro que un *filósofo* puede ser al mismo tiempo un cristiano pero hay que excluir que una *filosofía* sea 'cristiana', incluso accidentalmente. En consecuencia la tesis del P. Ramírez no es defendible»⁷.

Aunque no trato de reproducir aquí toda mi discusión con Van Steenberghen, sí quiero señalar algunas de las observaciones que yo le hacía en este punto.

La primera era que no es lo mismo la apelación que la predicación, y así «si alguien une predicativamente los términos 'la filosofía' y 'cristiana', resulta la proposición afirmativa 'la filosofía es cristiana', y para usar correctamente esa proposición es necesario que, de una u otra manera, toda filosofía sea cristiana; en cambio, si alguien une esos dos términos denominativamente, resulta el término

7. *Philosophie et christianisme (Note complémentaire)*, en «Revue philosophique de Louvain» 89 (1991) 502-503.

complejo 'la filosofía cristiana' para cuyo uso correcto basta con que alguna filosofía sea cristiana»⁸.

La segunda era que «los accidentes, sean estrictamente individuales, o sean comunes a varios o muchos individuos, no se comportan siempre de la misma manera en relación con otros accidentes con los que pueden coinciden en el mismo sujeto. En efecto, algunos de ellos ni se estorban entre sí, ni se ayudan o corroboran mutuamente; simplemente coexisten en el individuo. Pero otros, en cambio, se enlazan de mil modos y hasta se exigen mutuamente. Por ello, sin duda, no tiene el mismo sentido hablar de 'matemática cristiana' que de 'filosofía cristiana'. El que alguien sea cristiano influye bien poco en la matemática que cultiva, pero influye mucho en la filosofía que profesa»⁹.

También hacía observar que, como en el caso estudiado «se trata de una apelación o denominación, y no de una predicación, lo mismo ha de valer para los términos simples 'filósofo' y 'filosofía' que para los términos complejos (pues siguen siendo términos y no proposiciones) 'filósofo cristiano' y 'filosofía cristiana'. Formalmente hablando, el contenido de esos términos es el mismo, y sólo difieren en el modo concreto o abstracto de significar; aunque, como es natural, hablando materialmente, el término 'filósofo cristiano' apunte a un contenido mucho mayor»¹⁰.

Por todo ello no veía yo inconveniente en hablar de «filosofía cristiana», sin que ello hubiera de llevar consigo el concebir a dicha filosofía, como «esencialmente» cristiana, pues era posible y hacedero el concebirla como «accidentalmente» cristiana, según había defendido el P. Ramírez.

Mas, aparte de esas discrepancias, he estado siempre de acuerdo con Van Steenberghen, en otros muchos aspectos de esta debatida cuestión, por ejemplo, en que la fórmula «filosofía cristiana» no había de entenderse en sentido formal, como filosofía «esencialmente» cristiana, y en que de hecho el cristianismo ha influido decisivamente y de modo muy positivo en una pléyade de filósofos, que bien pueden ser llamados «cristianos», «filósofos cristianos». Por eso quiero terminar suscribiendo con todo entusiasmo estas palabras de tan preclaro profesor e investigador de la filosofía cristiana:

«La influencia de la revelación sobre el filósofo cristiano es enriquecedora: ella pone a su disposición un conjunto de ideas nuevas, de temas nuevos, que estimulan

8. *Diálogo con Van Steenberghen a propósito de la Filosofía Cristiana*, en «Scripta Fulgentina», 1 (Murcia 1991) 88.

9. Ibidem.

10. Ibidem, p. 89.

Crónicas

su reflexión, abren ante él horizontes insospechados, sugieren hipótesis de trabajo; todo lo cual le sitúa en las mejores condiciones psicológicas para emprender su investigación filosófica. Y por otra parte, las verdades reveladas le ponen en guardia contra graves errores, tales como el materialismo, el panteísmo, el dualismo maniqueo. En suma, la influencia de la revelación sobre el filósofo cristiano le dispone para hacer una excelente filosofía»¹¹.

Jesús GARCÍA LÓPEZ
Profesor emérito de la Universidad de Murcia
Alfonso X el Sabio, 2, 2º A
E-30008 Murcia

11. Nota cit., p. 503. Terciando nuevamente en esta polémica, y como réplica a las tesis del Prof. García López, el Prof. Van Steenberghen ha publicado todavía un artículo póstumo muy interesante: *Filosofía y cristianismo*, en «Scripta theologica», 25 (1993) 1087-1092 [nota de la redacción].

Recensiones

